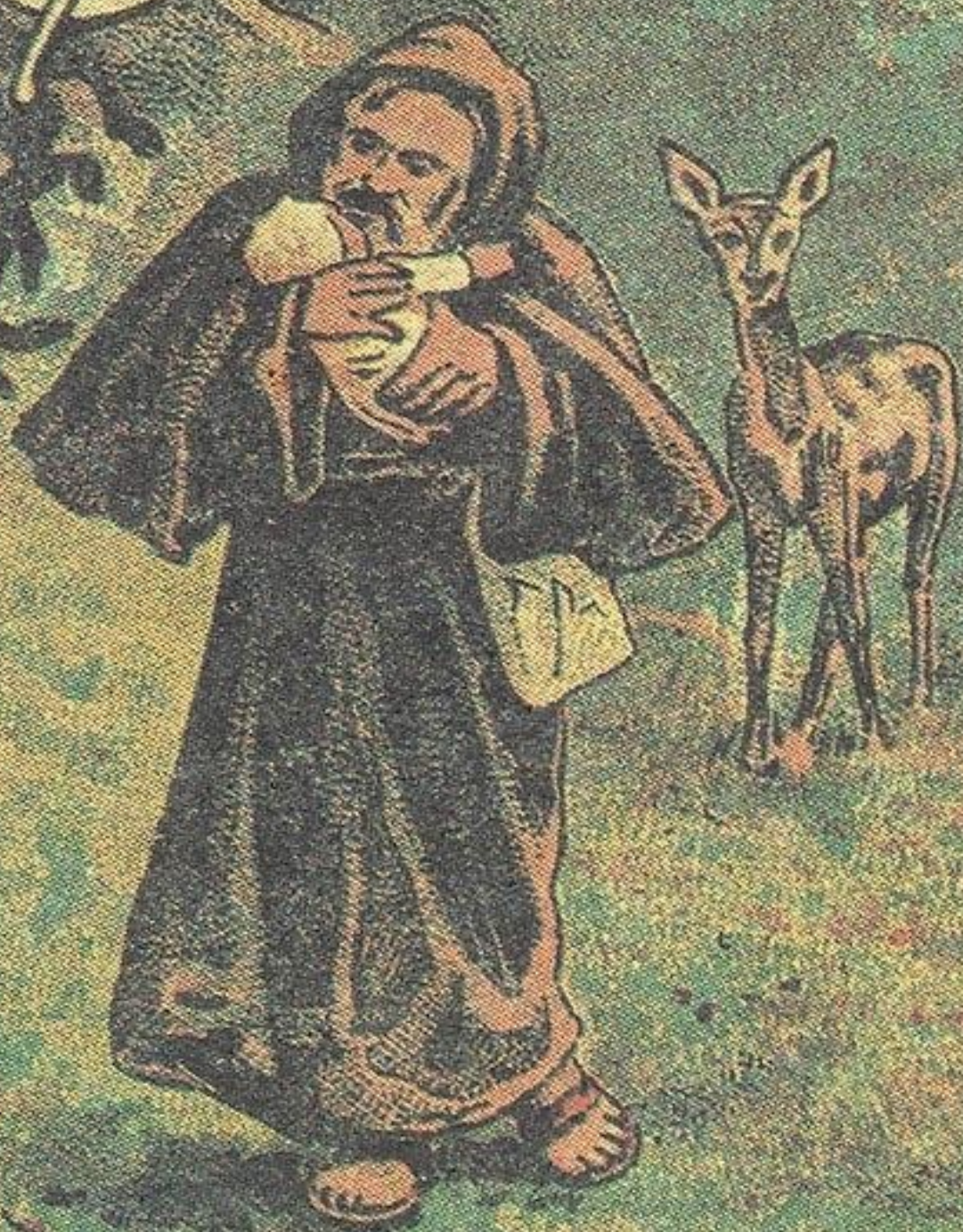


# EL PRINCIPE *Siderico*



S. CALLEJA

Lectulandia



Don Saturnino Calleja, publicó una innumerable cantidad de cuentos escritos especialmente para niños y jóvenes. Eran ediciones muy cuidadas, que se alternaban con otras más populares y baratas, pero siempre bien presentadas.

Los textos recogían, convenientemente arreglados para no aburrir o asustar a los niños lectores, tradiciones anónimas, clásicos de los hermanos Grimm, o de las "Mil y una noches", etc. Pero también otros textos inéditos, que sin firma o tan sólo figurando unas simples iniciales, eran escritos especialmente para Calleja.

En el presente cuento, Siderico es abandonado en el bosque y amamantado por una cierva hasta que lo encuentra un ermitaño que lo ha de cuidar hasta el día en que parta en busca de aventuras.

**Lectulandia**

Saturnino Calleja

# **El Príncipe Siderico**

**Los cuentos de Calleja**

ePub r1.0

Tiver 08.09.13

Título original: *El Príncipe Siderico*  
Saturnino Calleja, 1900

Editor digital: Tiver  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



**RECREO**

**INFANTES**



---

**CUENTOS MORALES PARA NIÑOS**  
PUBLICADOS CON PERMISO  
DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

---

**EL PRÍNCIPE SIDERICO**



## **EL PRÍNCIPE SIDERICO**

En el país de los Nibelungos vivían en sus respectivos castillos dos Condes rivales: el uno se llamaba Clotario, y el otro Sal-Wart, Conde de Dijón. Clotario, Conde de Buck, era de índole perversa y vivía del pillaje y del merodeo, como en la Edad Media era costumbre de los Señores feudales. Declarada la guerra entre los dos Condes, Clotario, con fuerzas superiores, batió al de Dijón, y le hizo caer en una emboscada.

Emenegarda, mujer del vencido Conde de Dijón, acompañaba a éste siempre en sus correrías; y en aquella desdichada ocasión llevaba consigo un niño que apenas contaba cuatro meses.

Murió en la refriega el Conde de Dijón; y entonces la Condesa huyó del lugar del combate para ponerse a salvo con su hijito; pero perseguida, ocultó al niño entre las malezas de un bosque, y se entregó como prisionera.





El Conde vencedor la llevó a su castillo del Buck, donde la encerró en una prisión.

En lo más frondoso del bosque, teatro de aquella triste tragedia, había una ermita dedicada a San Pablo: muchos años hacía que en ella habitaba un santo varón, retirado de todo trato con las gentes del país de los Nibelungos.

El ermitaño pasaba su tiempo en la oración, en la contemplación de la Naturaleza y en el cultivo de un pequeño huerto, que le daba suficientes verduras para sus necesidades. Una hermosa cierva, atraída por las hojas verdes y los granos de cereales que hallaba en la puerta de la ermita, iba diariamente a visitar el solitario sitio, y se dejaba ordeñar por el ermitaño, quien, por ese medio, contaba con leche suficiente para alimentarse y para hacer, alguna vez que otra; queso y cuajada.

El día siguiente al de la batalla sostenida por los dos Condes vecinos, el ermitaño lamentó la ausencia de la cierva; el día después el animalito se presentó en la puerta de la ermita, pero llevaba exhaustas las ubres; lo mismo sucedió los dos días siguientes, con la particularidad de que llegaba muy tarde y se detenía pocos momentos.

El hecho repetido, y la intranquilidad que la cierva demostraba, llamaron la atención del ermitaño: éste siguió a la cierva, y ¿cuál no sería su asombro al ver que se internaba en el bosque y llegaba a un matorral, donde había un niño que lloraba desgarradamente? pero que cesó en su llanto cuando se le acercó la cierva

Era el niño de la Condesa Emenegarda, al cual la cierva se había dedicado a amamantar.

El ermitaño cogió al niño en sus brazos, y seguido de la cierva se lo llevó a la ermita: allí le cuidó durante dieciocho años, enseñándole la doctrina cristiana, la lectura, la escritura y los conocimientos que él poseía. Puso por nombre al niño, Siderico, que quiere decir «afortunado».

El niño se crio hermoso y robusto; y con los años, la vida del bosque, y la dirección del ermitaño, adquirió un desarrollo muscular extraordinario.

Siderico se dedicaba a la caza y a las faenas del campo, y al llegar a los diecinueve años, tenía una fuerza colosal y una ligereza, que alcanzaba al ciervo en la carrera.

Un día sintióse enfermo el ermitaño, llamó a Siderico y le dijo:

—Por fin voy a dejar mi torpe envoltura, y mi alma va a volar al seno del Altísimo; cuando muera me enterrarás al pie de la cruz que hay a la entrada de la ermita, y tú busca fortuna por el mundo, sin olvidar mis consejos; que Dios ayuda siempre al bueno y al honrado.

Aquella noche entregó el anciano su alma a Dios; tres días después de esta desgracia murió la cierva, que había servido de madre al joven hallado en el bosque. Viéndose solo Siderico, recogió lo poquísimo que había en la ermita, el huerto y la



cabaña; y después de muchas horas de meditación, decidió presentarse en una armería próxima al pueblo más cercano del bosque, para pedir armas y ofrecer su trabajo personal en cambio de lo que deseaba y del alimento indispensable para sostenerse.





Al acercarse a la armería, vaciló porque vio que en ella entraban hombres muy bien vestidos y equipados; pero un ruiñeñor que volaba de rama en rama, y que al parecer venía siguiendo a Siderico, entonó un precioso canto, en el que el joven huérfano entendió perfectamente estas palabras:

—Siderico, ten valor y fe, que el que tiene valor y fe, logra su deseo.

Animado Siderico, llegó a la fragua, y dirigiéndose al maestro armero le dijo:

—Necesito una espada que yo mismo quiero forjarme; y como no tengo dinero; os ofrezco serviros durante un mes con tal de que me deis algún alimento, un pedazo de hierro, y una hora libre para mi trabajo.

El maestro herrero al ver y al oír al joven Siderico le repuso:

—¿Cómo quieres que te dé trabajo, si apenas podrás levantar un martillo?

—Hagamos la prueba, maestro —contestó Siderico; y dirigiéndose al sitio donde estaban colocados los martillos, cogió el más pesado con una mano y con él dio un golpe en el yunque, el cual se hundió en tierra media vara; al segundo golpe, el yunque casi había desaparecido. La prueba satisfizo al maestro herrero, y desde luego aceptó las condiciones de Siderico, dedicándole desde el siguiente día al trabajo.

Siderico a los ocho días de estar dedicado al oficio de armero era el mejor oficial de la fragua, y esta circunstancia ocasiono no solamente la envidia de sus compañeros, sino el temor del dueño que pensó en una desastrosa competencia que le quitaría la parroquia.

Mientras tanto, Siderico iba construyendo su espada, a la que dio un temple tal, que lo mismo cortaba la madera que el hierro. Abel, el oficial primero, trató de desembarazarse de Siderico; y habiendo notado que faltaba carbón le mandó que fuera al bosque para proveer de ese combustible a la armería, y le advirtió que las mejores encinas estaban en la umbría llamada la Quemada. Allí habitaba un dragón de siete cabezas, y lo mandaron con objeto de que pereciera. Al amanecer salió Siderico con su merienda y el saco para traer el carbón, y como ya su espada se había concluido, no quiso llevar hacha para derribar los árboles; ciñóse la espada y se internó en el bosque. El ruiñeñor cantó y le dijo:

—Tus enemigos te mandan para que te devore el dragón que tiene su guarida en este lugar; pero ten confianza en Dios, y lo vencerás.

Siderico llegó a la umbría y muy tranquilamente se puso a derribar árboles con su cortante espada; pero de repente se le presentó un animal monstruoso, de figura de lagarto, con más de veinte patas, guarnecidas de encorvadas uñas, y con siete horribles cabezas, de mandíbulas descarnadas, y de numerosos dientes. El dragón se arrojó furiosamente sobre Siderico; pero éste con su espada lo atravesó de parte a parte, y luego le cortó las siete cabezas, con las cuales hizo una sarta que se puso al cuello a manera de trofeo.







El ruiseñor, que había presenciado la escena, cantó en trinos que querían decir:

—¡Bravo! Siderico, desnúdate y baña tu cuerpo en la sangre del dragón, y así serás invulnerable.

Siderico, siguiendo el consejo del ruiseñor, se bañó en la sangre, y notó que le nació en todo el cuerpo una especie de fina escama que le preservaría del filo más agudo y cortante de cualquier espada o lanza. Volvióse a vestir, y su primer cuidado fue dar gracias a Dios por haberle salvado de aquel peligro.

Concluido el trabajo de carbonero, cargó el saco, y con las cabezas, al anochecer se presentó en la fragua, donde todos los operarios quedaron admirados al ver llegar al joven, a quien suponían víctima del dragón.

Como el tiempo del compromiso del joven y el armero había concluido, se despidió de su maestro y se puso a andar sin dirección fija. El ruiseñor que le seguía le dijo:

—Siderico, sigue delante y llega al Castillo del Buck; allí está prisionera tu madre, que es la Condesa Emenegarda de Dijón: ella te reconocerá cuando la libertes, por una señal que tienes en el cuello.

Anduvo Siderico sin parar quince días, hasta llegar al Castillo; y viendo al Conde que se paseaba por una alameda próxima, se llegó a él y le dijo:

—Entrégame a mi madre la Condesa Emenegarda o de lo contrario tienes que batirte conmigo.

Una carcajada nerviosa fue la contestación del Conde Clotario, y creyendo vencer con facilidad a aquel enemigo joven e inexperto, sacó su espada y le acometió; apenas tuvo tiempo Siderico para desenvainar la suya y se puso sólo a la defensiva con objeto de cansar al Conde. Los golpes que Clotario daba a Siderico, aunque acertados, no producían efecto, hasta que ya cansado, Siderico arremetió a Clotario, le derribó al suelo y le cortó la cabeza; entró luego en el Castillo y puso en libertad a su madre, la cual le reconoció por un lunar morado que el joven tenía en el cuello.

Siderico, hecho dueño del Castillo, licenció todos los soldados de Clotario, prendió fuego a la fortaleza, y libró al país de los Nibelungos de aquel nido de ladrones.

Retiróse luego a Dijón, y reconocido por los súbditos de su padre vivió feliz en compañía de la Condesa Emenegarda durante muchos años, hasta que contrajo matrimonio con una Princesa de los Nibelungos, y fue fundador de la dinastía de los Condes de Flandes, cuyos memorables hechos ha consignado la Historia.